

nuestra ciudad de Viena a 14 de septiembre de 1628.—Es copia.—2 folios  
Emp.: «Fernando II...» Term.: «Germánico.» Archivo de Sevilla.

E. UGARTE DE ERCILLA.

### Las Catacumbas.

Este año se celebra el primer aniversario del nacimiento del principal explorador de las Catacumbas y príncipe de la arqueología cristiana, Juan Bautista de Rossi. Este fervoroso católico, que unía a sus extraordinarias cualidades de ingenio una fuerza inmensa de trabajo, que nos dejó obras inmortales cuyo valor va subiendo con el tiempo, y que fundó una lucidísima escuela de doctos y entusiastas arqueólogos cristianos, es una de las más grandes figuras del catolicismo en el siglo XIX, y prestó a la causa católica por sí y por medio de sus discípulos un servicio de extraordinaria valía.

No ha dejado nunca de chocarnos ver lo poco que se aprovechan de las enseñanzas de las Catacumbas, teólogos por otra parte muy beneméritos. Pero indudablemente que de la arqueología cristiana, y especialmente de las Catacumbas, se pueden sacar argumentos teológicos de gran valer. Claro está que no afirmamos que con solos los testimonios de las Catacumbas se pueden demostrar todos los dogmas de nuestra santa fe. Al fin y al cabo, las Catacumbas no eran más que cementerios cristianos, que por razón de las persecuciones, hicieron a veces de templos cristianos, y que por razón de los mártires en ellas sepultados, sirvieron durante las persecuciones, y aun algunos siglos después para conmemorar la memoria de tan ilustres confesores de la fe, celebrándose sobre su sepulcro los divinos oficios. Pero de todas las pinturas, inscripciones, etc., conservadas en las Catacumbas, aun de aquellas que indudablemente pertenecen a los cinco primeros siglos de la Iglesia, se deduce claramente la creencia de los cristianos de aquellos tiempos en muchos dogmas de la actual Iglesia.

Uno de los dogmas que más claramente se manifiestan en las inscripciones de los sepulcros de las Catacumbas es el de la divinidad de Nuestro Se-

ñor Jesucristo, base de toda nuestra fe. Frecuentes son las fórmulas: «In Deo Domino Christo», «in Christo vivas», «in Domino Jesu», «in Christo Deo», «credidit in Jesum Christum». Sabido es el nombre de ΙΧΘΥΣ o piscis, con que se designaba en la primitiva Iglesia al Salvador y también con cuánta frecuencia se pintaba el simbólico pez. Esa palabra griega contiene las famosas iniciales Ι(ησοῦς) Χ(ριστός) Θ(εοῦ) Υἱός Σ(ωτήρ) = Jesucristo Hijo de Dios Salvador».

Otras veces, las inscripciones ponen al Hijo a la par con el Padre, como aquella: «Florentinus requiem accepit in Deo Patre nostro et in Christo ejus»; o sencillamente hacen memoria de toda la Santísima Trinidad, v. gr., «Jucundianus qui credidit in Christum Jesum vivit in Patre et Filio et Ispiritu Sancto».

Un servicio inestimable prestaron las Catacumbas al Catolicismo con aquellos testimonios que hacen ver cómo el Protestantismo se separó de la fe de los cristianos de los primeros siglos. Aunque ya se podía esto deducir de otros testimonios evidentes de la Tradición cristiana, fué una verdadera sorpresa para el Protestantismo la aparición de estos testimonios, sepultados por muchos siglos bajo la tierra acumulada por la acción de los siglos. Al principio, cuando empezaron a descubrirse las Catacumbas, creyeron los protestantes que allí encontrarían la confirmación de sus doctrinas, según la idea que tienen de la Iglesia, cuya historia dividen ordinariamente en tres partes, a saber: Primera parte: Formación de la Iglesia, en que se muestra pura la doctrina de Jesucristo. Segunda parte: Deformación de la Iglesia, en la cual ésta se ve durante muchos siglos manchada con toda clase de errores. Tercera parte: Reforma de la Iglesia; pues, gracias a la reforma protestante, vuelve la Iglesia a su doctrina primitiva. Ahora, al descubrirse las Catacumbas aparecía lo que habían creído los cristianos de los primeros siglos. Era, pues natural, que aparecieran claramente las doctrinas protestantes.

Desde el siglo XVI fueron apareciendo autores protestantes que pretendieron ver en los descubrimientos de las Catacumbas la confirmación de sus doctrinas. Pero sobre todo desde que las Catacumbas fueron descubiertas en gran parte por el genio de Juan Bautista de Rossi, ya los autores protestantes han ido enmudeciendo, abrumados por los testimonios publicados por de Rossi y su numerosa escuela. El único refugio que les queda a los pro-

testantes es el de quitar importancia a las Catacumbas. Pero la doctrina católica que en éstas se manifiesta, es más clara que la luz del día; y no puede ser desconocida al que la estudia de buena fe.

Uno de los dogmas católicos que más frecuentemente se ven enunciados en las Catacumbas es el de la comunión de los santos, con las súplicas de los fieles vivos por las almas de los difuntos, y la intercesión de los bienaventurados en favor de los demás fieles, vivos o difuntos.

En la célebre inscripción encontrada por de Rossi en la Catacumba de Santa Priscila, se trata de una cristiana, por nombre Agape y se dice: «Vos precor o fratres orare huc quando venitis-et precibus totis Patrem Natumque rogatis-sit vestrae mentis Agapes carae meminisse-ut Deus omnipotens Agapen in saecula servet». En innumerables epitafios se pide a Dios, que se acuerde del alma del difunto, que le dé el eterno refrigerio, que lo reciba en la eterna paz.

Pero no contentos de rogar a Dios por sus difuntos, piden muchas veces para ellos la intercesión de los santos mártires que estaban enterrados en las Catacumbas. Muchos epitafios se refieren a un santo o a varios en particular «Sancte Laurenti susceptam habeto animam ejus». «Tibi refrigeret Januarius Agatopus felicissimi martires». «Refrigeri tibi Dominus Ipolitus». «Sancti Petre Marcelline suscipite vestrum alumnum». «Paule ed Petre petite pro Victore». Otro nombra en general a los santos mártires: «Cuique pro vitae suae testimonium sancti martires apud Deum et Christum erunt advocati».

Más aún: muchas veces piden a los difuntos que murieron sencillamente en la paz del Señor que intercedan por los vivos. «Pete pro parentes tuos matronata Mátrona.» «Felicitas pete pro Celsinianu conjugem». «Januaria bene refrigera et roga pro nos». «Sozon berus Christus ispiritum tuum in pace recipiat et pete pro nobis».

Frecuentísimo es dirigirse a los niños que murieron conservando la inocencia. En una inscripción se lee: «Anatolius filio benemerenti fecit, qui vixit annis VII, mensis VII, diebus XX. Ispiritus tuus bene requiescat in Deo et petas pro sorore tua». Y así innumerables veces piden que el niño que vive ya en la paz del Señor pida por sus padres, o por los que le invocan, que les alcance el perdón de sus pecados, etc.

Las Catacumbas nos muestran claramente el amor que los primitivos

cristianos profesaban a la Madre de Dios. Desde el siglo II se encuentran pinturas de la Santísima Virgen. En ellas se la propone casi siempre en unión con su Divino Hijo. Famosa es la pintura de principios del siglo II en el cementerio de Priscilla, llamada del vaticinio de Isaías, y otra también hermosísima del mismo cementerio y del siglo III, en que un Obispo impone el velo a una virgen mientras le indica a la Madre de Dios sentada y con su Divino Hijo en los brazos, como quien le muestra el modelo que ha de imitar. Muy numerosas son las pinturas de la Anunciación, Natividad de Nuestro Señor Jesucristo y sobre todo de la adoración de los Magos.

También son numerosísimas las pinturas de S. Pedro, como es natural que se le tuviera particular devoción en Roma. Fuera de él, tenemos las inscripciones de muchos de sus sucesores. De muchos encontró de Rossi la inscripción en la célebre capilla que con razón llamó de los Papas, por haber sido enterrados allí muchos de ellos. Por lo demás, las inscripciones de obispos, presbíteros y diáconos nos muestran claramente que la jerarquía de la primitiva Iglesia estaba organizada exactamente como actualmente la Iglesia Católica, y muy al contrario de la Iglesia protestante.

Los monumentos de la Arqueología cristiana, y particularmente los de los Catacumbas, fuera de ser un precioso auxiliar para la Historia eclesiástica, lo son también para la Teología. Ellos deben entrar de lleno entre las pruebas aducidas de la tradición, y aun con ellos solos se puede demostrar en punto a muchas creencias, que fué una burda calumnia la afirmación protestante de que el Catolicismo de la Edad Media había deformado el Cristianismo primitivo, y que los verdaderos deformadores de este cristianismo son los que en el siglo XVI llevaron a cabo la mal llamada *Reforma*.

H. GIL.

